

Olac Fuentes Molinar

Universidad y democracia.

La mirada hacia la izquierda

Durante más de veinte años, los vínculos entre universidad y democracia han sido tema esencial y recurrente de la izquierda universitaria mexicana. Un amplio abanico de corrientes políticas, desde el nacionalismo progresista al izquierdismo radical, han centrado en la búsqueda de lo democrático su discurso, sus proyectos y su práctica. De hecho, ésa ha sido la temática distintiva de la izquierda, pues ni el pensamiento conservador ni el modernismo tecnocrático han colocado a la democracia en el centro de su reflexión, salvo cuando ha sido necesario expropiar el argumento del adversario.

Esta tradición y la historia real que la ha acompañado exigen hoy una genuina revisión crítica. Durante más de dos décadas, desde los años formativos que prepararon el 68, las izquierdas no sólo han pensado y escrito sobre la democracia y la universidad sino que han tenido la oportunidad, excepcional en América Latina, de gobernar con continuidad instituciones enteras y de ejercer en otras una significativa influencia. No tenemos frente a nosotros tan sólo un patrimonio ideológico, sino una práctica prolongada, una experiencia política cuyo sinuoso desarrollo y complicados efectos no han sido rigurosamente valorados.

La simple enumeración de las áreas en las que la izquierda ha tenido mayor presencia indica la extensión y la diversidad de su experiencia. Las universidades de Puebla, Sinaloa y Guerrero han sido dirigidas exclusivamente por corrientes de izquierda durante cerca de quince años y en Zacatecas durante una década éstas han sido la fuerza preponderante. En la UNAM se ha ejercido una influencia duradera, singularmente en las Facultades de Economía y Ciencias, y algo parecido sucede en la UAM, en Chapingo y en Guadalajara. En el terreno gremial, la izquierda fue la fuerza motriz en la constitución del sindicalismo independiente y dirige hoy por lo menos una docena de organizaciones, entre ellas las más importantes. En los movimientos estudiantiles, a pesar de que entraron en una prolongada fase de reflujo que se extendió desde media-dos de los años setenta hasta 1986, los motivos, el lenguaje y las formas organizativas se siguen caracterizando por la más pura tradición izquierdista.

El propósito de este ensayo es contribuir a la valoración de esta experiencia. Existe hoy, en muchos núcleos de la izquierda universitaria, una disposición autocrítica que estaba ausente, una necesidad de explicarse la historia propia y de reorientar el rumbo y el sentido de la práctica política. Estas páginas comparten esa disposición de ánimo, todavía minoritaria pero cada vez más común. Sin embargo, sólo por ingenuidad podría creerse que la conciencia sin concesiones y una auténtica capacidad de rectificación son objetivos fácilmente alcanzables, pues el ejercicio de la autocrítica nunca ha sido el fuerte de la izquierda, que suele concebirla como algo que sus adversarios deberían practicar. Para que una corriente tan intensamente ideologizada pueda reconocer su presente y su historia, no sólo se interponen los intereses de la ubicación corporativa, el pragmatismo clientelar y la conservación de mandos y prestigios, sino también las ataduras más sutiles y más firmes de esa forma de autocensura que deriva de una concepción paralizante de la lealtad.

Frente a todos los obstáculos, esta labor es vital para la reconstitución de una izquierda capaz de ejercer una influencia enérgica y legítima en el desarrollo futuro de las universidades. Como parecen imponerlo las condiciones del país y de su inserción internacional, y el propio estado del sistema educativo, la transformación de la educación

superior no sólo es necesaria, sino también inevitable. El rumbo que tome la reforma que viene todavía no está definido; serán las fuerzas que se movilicen realmente y la viabilidad de los proyectos que desplieguen lo que determinará la vía hacia la universidad del siglo XXI. En esa disputa una izquierda sin más proyecto que la autodefensa no tiene nada que hacer.

Las páginas que siguen no constituyen un informe de investigación, ni un estudio en sentido estricto. Son un en-sayo de interpretación, que a partir de una larga participación y renovados contactos con la experiencia política que se analiza intenta ofrecer una explicación general de procesos que presentan diferencias y matices importantes. Por eso, y porque el sesgo de este trabajo es en todo caso su intención crítica, es probable que el ensayo sea impreciso en algunas cuestiones e injusto en la valoración de otras. Asumo esa responsabilidad, por otro lado inevitable.

Unas palabras sobre lo que un buen metodólogo llamaría el "referente empírico" de este trabajo. Si bien los procesos de Puebla, Sinaloa y Guerrero han originado la mayor parte de las reflexiones aquí expuestas, están presentes experiencias diversas de la UNAM y la UAM, de las organizaciones sindicales, de Zacatecas y Nuevo León. No hay, pues, referencias particularizadas a tal o cual situación, salvo cuando ha sido conveniente ejemplificar, sino una intención sostenida de poner de relieve lo común y esencial. Como deslinde necesario, quiero señalar que no me he referido en estas notas al proceso vivido por la UNAM entre 1986 y 1988. Aunque el movimiento estudiantil articulado por el CEU comparte muchos rasgos de la tradición de la izquierda —demasiados, tal vez— su modernidad, sus rasgos absolutamente peculiares, exigirían un tratamiento diferente.¹

Una última nota subjetiva: "izquierda" está utilizada aquí en primera persona del plural. La experiencia política que quiero discutir es, también, parte de mi propia historia. Entremos en materia.

¿DE QUÉ DEMOCRACIA HABLAMOS?

El primer problema para discutir la larga relación entre la izquierda y la democracia en la universidad es la multiplicidad de significados que lo democrático ha asumido, muchas veces en combinación con los términos igualmente ambiguos de crítico, popular y científico. Una revisión somera de la experiencia política de la izquierda permite identificar por lo menos tres sentidos básicos atribuidos a la democracia en la universidad o producida por la universidad:

1]La democracia como posibilidad social no discriminatoria de acceso a la educación superior y de permanencia en ella.

2]La democracia como aspiración de poner al servicio de las mayorías los productos de la actividad universitaria: los egresados, los resultados de la investigación, la extensión y, en un sentido más difuso, la "función crítica".

3]La democracia como forma igualitaria de relación entre los miembros de la institución y como procedimiento participativo en la elección de los órganos de gobierno.

Estos valores pregonados, integrados en un solo discurso, dieron origen a prácticas que nunca tuvieron una precisa correspondencia con su justificación ética, ya sea por-que las condiciones reales de los actores de la universidad y de su medio institucional y social las orientaron por otros caminos, o porque generaron "efectos perversos", distintos y aun contrarios a las intenciones originales de los actores. En las páginas que siguen revisaré los principales rasgos de este proceso.

1 La originalidad del movimiento estudiantil de la UNAM ha sido aguda-mente captada por Carlos Monsivais. Véase "Duro, duro, duro. El movimiento estudiantil en la UNAM", *Cuadernos Políticos*, n. 49-50, enero-junio de 1987

LAS PARADOJAS DEL CRECIMIENTO

La ampliación del acceso a la universidad y su apertura a los grupos sociales populares fue la más elemental y visible de las acciones democratizadoras de la izquierda. Dentro de la tendencia nacional de expansión de la matrícula que se mantuvo entre 1970 y 1982, Puebla, Sinaloa y Guerrero superaron ampliamente el promedio del país. A diferencia de otras instituciones, este crecimiento no fue solamente resultado de una política de puertas abiertas que eliminó todo procedimiento selectivo, sino de una estrategia que estimuló y organizó directamente la demanda educativa. La multiplicación de los centros de enseñanza preparatoria, que en los casos de Sinaloa y Guerrero cubrieron la totalidad de los territorios estatales y la aplicación de amplias medidas asistenciales, dio posibilidades de escolarización a una población que había estado marginada de la enseñanza media. Como consecuencia, las preparatorias adquirieron un peso político, poblacional y financiero igual o superior al de los estudios de licenciatura y por lo menos una institución —la UAP— se convirtió en centro regional de educación media superior.²

A causa de la estructura social de las zonas de influencia de la UAP, la UAS, la UAC y la UAZ, la expansión no sólo significó la incorporación de estudiantes procedentes de sectores urbanos de bajos ingresos, como sucedió en otras regiones, sino también de una población originaria del campesinado medio que había logrado superar la eliminación escolar temprana.

El fenómeno de la diversificación de la demanda implicó un reto pedagógico difícil de resolver, pues no sólo habla que hacer frente a un crecimiento excepcionalmente rápido de la matrícula, sino que atender a un estudiantado cultural y socialmente distinto de la clientela típica de la universidad tradicional. Teóricamente, la salida debía encontrarse en la construcción de modalidades educativas originales y diversificadas, adecuadas a las condiciones de la nueva población escolar y, sin embargo, la respuesta consistió en reproducir las formas educativas tal y como existían, sin ningún cambio relevante en la organización del conocimiento y los procedimientos de enseñanza. El reto pedagógico planteado por la masificación no fue re-suelto; ni siquiera percibido.

Con esta reflexión quiero apuntar que la masificación no es una cuestión de límites sociales, ni de distribución desigual de los talentos, sino de condiciones institucionales.³ Comparada internacionalmente, la proporción de jóvenes mexicanos que llega a la educación superior es baja, no sólo frente a países de alto y antiguo desarrollo, sino también con respecto de otros de crecimiento reciente. Corea del Sur, por ejemplo, tiene el doble de estudiantes que México en relación a su población juvenil. Sin embargo, aun una masificación de moderadas dimensiones se convierte en problema cuando las estructuras y los procedimientos que eran suficientes para un alumnado reducido y culturalmente homogéneo, se utilizan con poblaciones diez veces más grandes y enormemente heterogéneas.

Es particularmente importante precisar los problemas derivados del origen cultural de la nueva población estudiantil, cuestión que generalmente se rehúye. El hecho central es que buena parte de los estudiantes que llegaron a los estudios superiores después de 1970 eran los primeros universitarios de su familia y estaban experimentando un espectacular proceso de movilidad escolar, con una educación elemental y media que muy probablemente se había desarrollado en segmentos del sistema escolar relativamente nuevos y de calidad precaria. Desde este punto de vista, ni su medio cultural de origen, ni sus experiencias escolares previas

2A principios de los años ochenta la UAP atendía al 41% de la demanda de enseñanza media superior generada en el estado de Tlaxcala, al 37% de la de Veracruz y al 10% de la de Hidalgo. Rafael Campos, "Información básica sobre la educación media superior en la use, Cuadernos de Crítica, n. 2, UAP, 1986.

3 La idea ha sido desarrollada por Rollin Kent: "Invitación al debate. ¿Qué es la universidad de masas y qué queremos hacer con ella?", *Crítica*, n. 30-31. UAP. 1987

habían sido favorables para la adquisición de las destrezas y hábitos del trabajo intelectual, las competencias lingüísticas y la formación científica primaria requerida para la apropiación real del saber universitario.

Esta situación no representa una condena irremediable a la inferioridad cultural, como lo supone un renaciente darwinismo; pero sólo a condición de que se asuma como el punto de partida de la acción pedagógica y de que la experiencia educativa que la universidad ofrece sea concebida como un proceso de transición coherente entre el estado cultural original y la adquisición de una competencia técnica y científica superior. Desde esta perspectiva la cuestión de la democratización empieza con la ampliación del acceso a la educación superior y no se resuelve con ella, como se pensó de manera simplista.

No pueden ignorarse las dificultades materiales e intelectuales que obstaculizaron la construcción de la empresa cultural original y compleja de que estamos hablando. Las universidades de izquierda, más aún que las que no lo fueron, crecieron aceleradamente y sin previsión. En el curso de unos cuantos años y en regiones en las que la producción intelectual y la vida académica tenían escasos recursos y una débil tradición, se formaron y adquirieron notable estabilidad los cuerpos académicos y sus grupos dirigentes, formados más en la lucha política que en la preparación para la academia. Enfrentados a la tarea de organizar y dirigir la institución, estos profesores no tenían a su alcance otra opción que reproducir las prácticas y las formas de organización en las que ellos mismos habían sido formados. Junto a un discurso radical, insuficiente como generador de una alternativa cultural, se conservaron las concepciones más tradicionales sobre la operación de la enseñanza universitaria. La inercia reproductiva permeó la cátedra, que fue mantenida como forma única de transmisión educativa; dominó en los planes de estudio, cuya estructura no cambió más allá de la introducción obsesiva de contenidos doctrinarios, y gobernó la selección de las profesiones ofrecidas, misma que, como se precisa más adelante, acentuó el predominio de las "carreras" liberales orientadas a los servicios.

Lo sorprendente de este proceso, probablemente inevitable, es que no fue un momento de transición hacia formas académicas distintas, sino que gestó una modalidad paradójica de neoconservadurismo, cuya consecuencia más grave fue que, al soslayar que lo esencial es la democratización del conocimiento y las capacidades científicas y técnicas, la izquierda renunció a la construcción de una alternativa cultural genuina y se incorporó inadvertidamente al proceso del credencialismo. Al desentenderse de la calidad de la formación y de las experiencias educativas, la obra de la izquierda no se involucró centralmente en la producción de valores de uso —saberes y competencias— sino de valores de cambio —títulos y certificados— destinados hipotéticamente al uso instrumental para la ubicación de los individuos en la división social del trabajo.

Esta incorporación al mercado de las credenciales escolares se produjo tardíamente y en las condiciones menos favorables de competitividad. Al respecto son conocidos los mecanismos que han regulado el valor de cambio de los títulos, el cual, como apuntan Bourdieu y Passeron, depende centralmente de su "rareza". Cuando las universidades de la izquierda entran en la fase de crecimiento acelerado, los títulos universitarios son ya relativamente abundantes y han perdido buena parte de su funcionalidad para la inserción social privilegiada. Los certificados de licenciatura no poseen más un valor genérico; éste se asigna diferencialmente según la profesión y el tipo de institución que los otorga. Se han desarrollado dentro del sistema de enseñanza superior, como lo señala Germán Rama para América Latina, circuitos diferenciados y diferenciadores, que reclutan a poblaciones típicas de origen social distinto, a los que otorgan atributos formativos y simbólicos peculiares y a los que canalizan hacia destinos ocupacionales jerárquicamente desiguales.

En estas condiciones, las universidades de los estados que se masificaron tardíamente, en condiciones académicas más precarias y con mayor debilitamiento de los mecanismos de

selección social, conformaron un segmento del sistema escolar valorado como "inferior" en el mercado de trabajo y en la atribución social de los prestigios, lo que vuelve ilusoria la esperanza puesta en una democratización entendida como fenómeno puramente cuantitativo. Estaríamos ante la consecuencia de lo que G. Vacca ha llamado "liberalización sin reforma" para describir la situación de la moderna universidad italiana.⁴

En síntesis, la forma de masificación que la izquierda promovió y aceptó produjo resultados de una aguda ambivalencia. En su lado positivo, representó para decenas de miles de jóvenes el acceso a formas culturales modernas, no sólo y quizá no principalmente por la vía del aprendizaje formalizado, sino por los espacios de socialización y de circulación de ideas que se crean en la convivencia universitaria. Saberes, aspiraciones y estilos de vida que no habrían podido surgir en el medio cultural y social de origen de muchos estudiantes, se desarrollaron estimulados por la experiencia escolar. Sin embargo, el saldo negativo no puede ser ignorado. La permanencia escolar, en sus condiciones típicas, es apenas una posibilidad incierta —en muchos casos remota— de acceso al saber científico y profesional. La participación en procesos degradados de relaciones intelectuales, la pérdida del sentido de prácticas académicas convertidas en rutinas y requerimientos, con-forma inevitablemente una imagen deformada y devaluada del conocimiento. El estudiante sabe —o cuando menos lo intuye— que no está adquiriendo la formación que requiere y que corresponde formalmente al certificado escolar. Una sensación de inseguridad y de frustración, de "ausencia de futuro", se vuelve cada vez más común y se arriba a una situación en la que, con justeza, puede hablar-se de una crisis del aparato escolar en tanto aparato de socialización.⁵

Como inesperado resultado sociológico, la mayor parte de los estudiantes que no realizan sus expectativas y posibilidades se culpan a sí mismos, transformando subjetiva-mente "el fracaso estructuralmente inducido en fracaso individual", para usar la formulación de J. Karabel.

LA UNIVERSIDAD PARA EL PUEBLO

La cuestión de la calidad de la formación educativa está también en el centro de la segunda acepción de la democracia, entendida como la vinculación de las actividades de la universidad y de los universitarios con las necesidades e intereses de las mayorías populares y con los de la nación.

En este terreno, la izquierda ha tenido una enorme dificultad para establecer y aplicar una política consecuente con sus aspiraciones que, más allá de la postulación retórica, realice en acciones concretas el "sentido social" de la universidad. Esta dificultad requiere de una explicación que supere el mero señalamiento de fallas e insuficiencias y que, a mi juicio, tiene que remitirse al proceso formativo y a la historia de la izquierda universitaria.

Aquí es indispensable una digresión. Me parece que las raíces de la incapacidad para desenvolver una política académica de izquierda habría que buscarlas en la identidad, las perspectivas estratégicas y la mitología que se formaron en la etapa constitutiva de las principales corrientes de izquierda, durante los años de la lucha que van de 1969 a 1975 y que no cambiaron sustancialmente cuando una fase de relativa estabilidad sucedió a la era de la violencia.

En efecto, la reconstrucción de la ideología de los años setenta permite localizar un rasgo esencial: la actividad de la universidad y de los universitarios sólo tiene sentido si está

4 G. Vacca, "El futuro de la universidad en el mediodía italiano", *Crítica*, n. 29, BAP, 1986 (originalmente publicado en *Crítica Marxista*, n. 2, 1985, Riuniti, Roma).

5 Esta noción ha sido propuesta por Paolo Bassi y Antonio Pilad, *I giovani e la crisi degli anni settanta*, Riuniti, 1977.

subordinada a un proceso de acumulación de fuerzas revolucionarias, que en un plazo relativamente corto debería desembocar en el choque frontal con el Estado y la clase dominante. Se creía —hay que reiterarlo— que un proceso de ruptura estaba en marcha, convicción que se alimentaba en las secuelas de la represión del movimiento del 68, ejemplo clásico de acción democratizadora espontánea y "abierta", y en la percepción de que las vías de la acción legal estaban cerradas para cualquier movilización genuinamente opositora.

Desde esta perspectiva, la misión de la izquierda debería ser la conquista de la universidad, para despojarla de su funcionalidad burguesa y convertirla en una instancia militante contra el sistema, lo que conlleva la aceptación de la precariedad de la presencia institucional de la izquierda, pues no podría pensarse en la estabilidad requerida por actividades de largo plazo cuando lo único previsible eran la confrontación y la represión.

La visión de una universidad instrumentalizada por la causa de la revolución y por sus agentes, los partidos y grupos revolucionarios, se debía realizar en dos terrenos estrechamente asociados: primero en el campo ideológico, para formar a los activistas en la doctrina de alguna de las versiones combatientes del marxismo y para hacer de la institución un centro de irradiación del pensamiento crítico, de la conciencia develadora que los explotados no poseen; y, segundo, en el campo de la acción política, para incorporar a los estudiantes y a los maestros a la vanguardia de los movimientos de ruptura y hacer de la universidad misma una base de apoyo y refugio de la lucha popular.

Hacia mediados de los años setenta, empezaba a hacerse evidente que las bases en las que se había sustentado la noción de la universidad militante estaban cambiando. Los movimientos populares y en particular la insurgencia obrera habían caído en un intenso reflujo y las organizaciones guerrilleras, tanto urbanas como rurales, se encontraban derrotadas o en franco proceso de descomposición. La "apertura democrática" y los primeros intentos de reforma político-electoral tendían a desahogar el espacio de la expresión política y, en el terreno de las relaciones entre Estado y universidades disidentes, surgía una tensa forma de coexistencia, que apuntaba hacia la normalización del funcionamiento de los centros educativos.

Estos cambios creaban un referente para la acción radicalmente distinto y obligaban a una rápida y radical redefinición de la estrategia y la orientación de la izquierda universitaria. De la noción de una institución antisistema, era necesario pasar a asumir a la universidad en el sistema. El corto plazo de la perspectiva de la ruptura tenía que ser sustituido por el largo plazo de un nuevo tipo de oposición en la legalidad vigente. Todo ello significaba mucho más que un reajuste táctico, puesto que sometía a una enorme tensión la identidad misma de la izquierda y sus razones últimas para estar en la universidad.

Esta crisis, que pasaba necesariamente por la redefinición de los vínculos entre universidad y mayorías populares, se resolvió en una ambivalencia estéril. Por un lado, hubo que asumir que las funciones académicas *son* la universidad y que es a través de ellas como la institución alcanza significado social, pero por el otro no se pudo renunciar al ideal revolucionarista —o a su leyenda—, que sobrevivieron en la retórica radical y en los residuos del activismo voluntarista, el cual creía encontrar en cada movilización social el resurgimiento de la dinámica revolucionaria. En la mayoría de los grupos de izquierda surgió una práctica escindida entre la realización pragmática de las actividades institucionales (sin metas de largo plazo y guiada por presiones azarosas surgidas del exterior y el interior de la universidad) y la prédica de un discurso disidente, con expresiones académicas cada vez más rutinarias y carentes de convicción.

Por supuesto, para cualquier sistema universitario es complicado adquirir un auténtico sentido popular y nacional, establecido por la actividad de los profesionales que forma y por los programas institucionales de investigación, difusión y servicio. Para la izquierda, sin embargo, han existido dos obstáculos adicionales: la sobreideologización y el vanguardismo

en la relación con lo popular que he tratado de explicar antes, y la dificultad para plantearse a la nación como referente de las actividades académicas. Esta carencia es explicable, pues la historia de la izquierda marginada y contestataria impedía esa disposición a la propuesta de alternativas nacionales "desde ahora", que sólo pueden hacer las fuerzas de oposición que se conciben como opción de gobierno. Hasta hace poco tiempo, la nación sólo podía ser pensada desde la utopía milenarista, lo que dejaba vacío el terreno de la construcción para el futuro en el espacio posible del sistema presente. Faltaba, es casi inútil decirlo, el sentido y la voluntad de un pensamiento hegemónico.

Pasemos, después de esta larga desviación, a revisar algunas de las experiencias concretas en las instituciones influidas por la izquierda. Lo más obvio es empezar por el tipo de profesiones que han sido promovidas, puesto que es la profesión la que define en primera instancia qué servicio presta un egresado universitario y quiénes son sus destinatarios preferentes. En este terreno, la diversificación de las opciones de estudio ha logrado resultados ambivalentes. Si bien es cierto que la proporción de estudiantes que cursan estudios directamente vinculados a la producción primaria e industrial —incluida la Ingeniería Civil— y a las ciencias básicas se ha elevado, ello coexiste con procesos del signo más tradicional. Si consideramos al porcentaje de la matrícula inscrito en las carreras de Derecho, Contabilidad y Administración como el indicio elemental de una débil vinculación social, encontramos que éste alcanza niveles elevados: en la UAG un sorprendente 49%; en la UAS con tres escuelas de Derecho y dos de Contabilidad, alcanza el 36%; en la UAP el 34%; y en la UAZ el 29 por ciento.

En las profesiones con mayor relación potencial con el desarrollo productivo y el bienestar social, el problema radica en el tipo de competencias y conocimientos adquiridos, que en general tienen una escasa correspondencia con los requerimientos probables de una práctica popular. Es válido preguntarse, por ejemplo, si la formación típica en Agronomía y Veterinaria efectivamente capacita para actuar en los procesos productivos, organizativos y sociales característicos de la economía campesina.

Estas situaciones indican que en la expansión de los servicios educativos prevalecieron dos criterios que nunca se hicieron explícitos: atender a la demanda de escolaridad en la forma en que ésta se presentaba, sin ningún intento de canalización, lo que supone aceptar las presiones sociales alimentadas por las imágenes más convencionales sobre las profesiones; y, por otro lado, creer que el sentido de una práctica profesional cualquiera puede ser determinado por la formación ideológica disidente que se produce por reiteración doctrinaria.

Tales supuestos dejaban de lado que las profesiones heredadas de la universidad tradicional están definidas por sus condiciones típicas de práctica y por el carácter de sus usuarios "naturales" y que a ello corresponde su perfil escolar. Esta omisión dio lugar a combinaciones curriculares incoherentes, que pretendían articular bajo una cierta visión del marxismo a contenidos totalmente refractarios a la doctrina, tanto epistemológicamente como por el sentido de su utilización. Es difícil imaginar un esfuerzo tan absurdo como el de formar contadores o licenciados en turismo con el "marco teórico" de la Economía Política.

Más allá de esta obvia inconsecuencia, no fueron tampoco considerados dos obstáculos centrales para realizar prácticas vinculadas a las mayorías populares. En primer lugar, la contradicción —existente en todos los países de capitalismo atrasado— entre un mercado real de trabajo, que expresa los requerimientos, las deformaciones y el dispendio del sistema dominante, y la existencia de grandes necesidades sociales que requerirían del servicio de profesionales, pero que no generan por sí mismas oferta de empleo o lo hacen bajo condiciones precarias y con escasas ventajas materiales para el profesional. Asociada a la anterior, una segunda contradicción es la que se genera entre las aspiraciones de movilidad y de distanciamiento de las condiciones originales de vida, las cuales condujeron a la mayor parte de los estudiantes a la universidad, y la situación de sacrificio relativo de oportunidades que

implica la práctica popular. La imagen de un trabajo bien pagado, urbano, en el sector de los servicios y alejado de la labor manual, sea o no viable en la realidad, actúa como factor de disuasión y abandono frente a las prácticas que no le corresponden ni conducen potencialmente a su realización.

Ninguna forma escolar es capaz de resolver estas contradicciones solamente por sus medios. Puede, sin embargo, construir condiciones para la formación intelectual y profesional que hagan más probable el rompimiento con la dinámica reproductiva de la relación "natural" entre universidad y sociedad. Sin embargo, puede constatarse que, salvo excepciones como el proyecto original de la UAM Xochimilco, por lo demás de muy desiguales resultados, no hubo una reflexión pedagógica que se pusiera como meta desatar el nudo de relaciones que existe entre las necesidades sociales, la formación escolar y las prácticas profesionales. Sin ella, ha sido imposible pensar en prácticas profesionales alternativas o emergentes y en las estructuras curriculares transformadas que las hagan viables.

Inevitablemente la situación descrita arriba tenía que afectar también a la prestación del servicio social de los estudiantes, actividad en la que se depositaron grandes esperanzas como oportunidad de concientización estudiantil y de integración con los grupos populares. La realidad es que, salvo unas cuantas excepciones, los programas de servicio no lograron conjugar su doble función de instancia formativa y de atención eficiente a necesidades concretas y que con frecuencia constituyeron irrupciones torpes y paternalistas en la vida de las comunidades atendidas.

Pasemos ahora a revisar dos campos distintos, que corresponden más a la acción propiamente institucional que a la de los individuos que en ella se forman: la investigación científica y a lo que, a falta de un término más preciso, llamamos promoción del pensamiento crítico.

La investigación científica aparece en el discurso progresista común como una de las vías más firmes de vinculación popular y nacional, pero la realización de ese postulado ha sido obstaculizada por dos órdenes de problemas: el reducido desarrollo y la precariedad de los aparatos de investigación, y la falta de orientaciones claras en las políticas institucionales.

La creación de grupos de investigación con efectiva capacidad productiva ha sido una tarea difícil en todas las universidades de los estados, en donde la pobreza de las tradiciones y los recursos científicos locales y los efectos de una dinámica centralizadora han creado limitantes que tampoco en las universidades de izquierda han sido superadas, con la notable excepción de la UAP. Lo más grave, sin embargo, es que esta situación no ha sido asumida como un problema que sólo puede ser resuelto mediante una estrategia realista y sostenida, con claras prioridades y resultados a largo plazo. La experiencia en este campo deja la impresión de que ha prevalecido un criterio nominalista y formal, que supone que la creación de dependencias, plazas y programas puede sustituir al esfuerzo prolongado y poco espectacular de la formación en el oficio de la investigación.

El otro problema se presenta ahí donde se ha logrado una acumulación importante de recursos para la investigación, sin que en términos generales la productividad del trabajo y la significación social de sus resultados hayan alcanzado niveles que correspondan a las expectativas despertadas por una visión ciertamente fetichizada de la práctica científica. La situación es muy desigual por instituciones y por áreas disciplinarias, pero me parece que lo predominante ha sido la ausencia de políticas que establezcan orientación, jerarquías y normas mínimas para valorar la calidad de la producción científica.

Algunos ejemplos son particularmente elocuentes: la Facultad de Economía de la UNAM cuenta con 190 profesores de tiempo completo y la Universidad Autónoma Metropolitana con cerca de dos mil, en ambos casos con una reducida carga docente, establecida justamente para que el personal pueda dedicarse a la investigación. Sin embargo, pese a que hay logros de

indiscutible relevancia, los resultados están por debajo del potencial de los recursos existentes. La investigación tiende a ser azarosa y aislada y se le confunde frecuentemente con el estudio de la disciplina. Una noción abusiva de la libertad académica diluye el principio de responsabilidad individual e impide las acciones indispensables de programación y evaluación. En muchos casos, es evidente que se aspira a la investigación como un privilegio corporativo que garantiza status y superiores condiciones laborales y no como la oportunidad de ejercer una vocación y una competencia.

Es casi inútil concluir de todo esto que, con recursos escasos y mal utilizados, los universitarios de izquierda y las instituciones bajo su influencia han aportado mucho menos de lo que pueden al conocimiento de la realidad nacional y a un desarrollo científico susceptible de ser incorporado a la transformación de las condiciones de existencia de las mayorías populares.

Hagamos una última reflexión sobre la contribución de la izquierda universitaria al crecimiento de la capacidad social de pensamiento crítico y por ende a las posibilidades de la democracia. Aquí, como en los procesos comentados antes, es indispensable remitirse a las dos caras de una compleja producción cultural. Primero, me parece indiscutible que el desarrollo en México de una cultura moderna sobre la política y la sociedad le debe mucho a la izquierda universitaria. Desde principios de los años setenta, la crítica y el debate públicos se han enriquecido con la incorporación de categorías y enfoques analíticos que provienen del pensamiento marxista o emparentado con él y que, despojadas de su impronta académica, se han convertido en lenguaje común en un circuito cultural cada vez más extenso. Se ha difundido un estilo de pensamiento caracterizado por la exigencia de racionalidad y de información fidedigna, por el rechazo a la manipulación, y que se funda moralmente en los valores de la democracia y la transformación social, no necesariamente socialistas.

En este proceso, los centros académicos de izquierda han sido el foco original de construcción de nuevos discursos y de su difusión a través de la cátedra, la conferencia y las publicaciones institucionales. En esos centros se formaron nuevas generaciones de intelectuales vinculados permanentemente al debate público, que han cumplido una función pedagógica infrecuente en América Latina a través de medios como *Uno más Uno*, *La Jornada* y *Nexos*, o de la producción editorial en empresas como Era y Siglo XXI.

El otro lado de la moneda es mucho menos luminoso.

En el campo ideológico constituido por la obra cultural de la izquierda, han coexistido las expresiones ilustradas y de una viva capacidad renovadora a que me referí antes, con una cultura común, construida a partir de un canon doctrinario que simplifica distintas versiones de la vulgarización marxista. La función de esta doctrina no es analítica ni explicativa, sino que sirve como código interno que otorga identidad y reconocimiento entre los miembros de una comunidad ideológica cerrada. Los componentes del código común se derivan de unas cuantas fuentes de divulgación, con una circulación excepcional para un mercado editorial como el nuestro y que van de las supervivencias de la época de la Academia de Ciencias de la URSS a las reformulaciones del estructuralismo francés. Del CCH Oriente a la Escuela de Economía de Chilpancingo y a la de Ciencias Sociales de Mazatlán se reitera una forma discursiva casi idéntica. Cincuenta y seis ediciones de los *Principios elementales* de Marta Harnecker nos contemplan.⁶

La conservación del discurso vulgarizador está asociada a la integración de la base de los cuerpos académicos de las preparatorias y de muchas escuelas profesionales, en las que el acceso dependió mucho más de la afinidad ideológica que de razones estrictamente académicas. Supuesto el dilema entre "rojos o expertos", como lo planteaban los chinos en la Revolución Cultural, se tendía a favorecer inequívocamente a los rojos. Se constituyó así una

6 El fenómeno no es del pasado. La más reciente edición del libro de Harnecker (1986) fue de 25 mil ejemplares.

especie de "bajo clero"⁷ del marxismo, poseedor de una Vulgata excepcionalmente homogénea y cuyo ejercicio excluía la relación polémica con otras corrientes del pensamiento. En efecto, el tratamiento usual de la teoría antagónica no es el debate, sino la descalificación de una caricatura, que busca dejar en claro que Weber, los funcionalistas o Keynes son anticientíficos e ideólogos burgueses.

Un estilo intelectual de esa naturaleza nada puede aportar al pensamiento crítico: en sus modalidades más elevadas es la interminable hermenéutica del Seminario de *El Capital* y en las más comunes es el ritual de los "rollos" ante asambleas capaces de abolir la propiedad privada. Para la audiencia forzada del discurso, la ideologización es una experiencia que se diluye tan pronto se abandonan las aulas y que con frecuencia inmuniza contra cualquier politización futura. Para los grupos populares que alguna vez son escogidos como materia de "concientización", la retórica es una jerga extraña, que no puede ser incorporada a la explicación de la vida social real.

IGUALDAD Y REPRESENTACIÓN. TRAYECTORIA DE UNA IDEA DE GOBIERNO

La transformación del carácter verticalista del ejercicio de la autoridad, así como la representatividad limitada y desigual de los órganos de gobierno característicos de la universidad tradicional, fue un objetivo primario de las luchas de la izquierda. Esta aspiración por establecer una forma democrática de gobierno institucional estaba asociada a una concepción más amplia, de la que formaban parte como elementos esenciales la igualdad en las relaciones y en el ejercicio de derechos de los miembros de la universidad, así como la autonomía de la institución hacia los órganos del Estado. De hecho, la revisión de la génesis de los movimientos universitarios muestra que casi todos, en su origen o en su desenvolvimiento, fueron reacciones contra la imposición de funcionarios, el ejercicio autoritario del poder interno o la intervención represiva de agencias gubernamentales.

Al consolidarse la dirección de la izquierda, las primeras reformas estuvieron dirigidas a la modificación del régimen legal y de los usos que regulan las funciones y la composición de los órganos de gobierno, la participación en la elección de las autoridades personales y colegiadas y la autonomía frente al poder público. Como rasgos comunes, estas reformas suprimieron los órganos de carácter no representativo —Juntas de Gobierno y Patronatos—; ampliaron en los órganos colegiados la representación de los estudiantes (que en algunos casos alcanzó la paridad); abrieron también la representación a los trabajadores; y establecieron diversos mecanismos de voto universal y di-recto para la elección del Rector y de los directores o coordinadores de escuelas.

Este nuevo marco legal creó un espacio para hacer política que no había existido en ninguna de las universidades y que era excepcional dentro de las estructuras políticas del país. Se crearon canales y procedimientos para la expresión y la confrontación de voluntades y propuestas y para la formación de consensos, pero evidentemente las formas democráticas constituían solamente la precondition indispensable para la transformación de los procesos políticos y no la solución democrática por sí mismas, como se creyó entonces y se sigue sosteniendo ahora en algunos círculos. Lo que se estableció fue una estructura formal, cuyo significado sería establecido por la conducta y los intereses de los sujetos que actuarían a través de ella, por la cultura política real manifestada en sus prácticas y propuestas.

La valoración de las experiencias de más de una década lleva a sostener, como juicio

7 Me apropio de la expresión de José Arthur Giannotti, *A Universidade en ritmo de barbarie*, Editora Brasilense, Sao Paulo, 1986.

general, que las posibilidades democratizadoras abiertas por las reformas se frustraron en muchos de sus elementos, quizá los más prometedores. Ciertamente —es necesario dejarlo aquí claro— la vida política en las universidades de izquierda es radicalmente distinta, superior, a la que prevalece en las integradas al sistema dominante. Con todas sus deformaciones, los procesos políticos abiertos y con una extensa participación contrastan con las condiciones de participación limitada y decisiones en la cúpula, apatía mayoritaria, corrupción y represión que, en grados y combinaciones diversos, caracterizan a la mayor parte de las universidades públicas. Dicho esto, hay que reiterar que en ninguno de los centros académicos en los que actúa, la izquierda ha logrado construir una cultura y un estilo de relaciones políticas caracterizado por la confrontación rigurosa e informada de proyectos para la universidad y por la expresión tolerante de la pluralidad. Por lo contrario, es posible advertir que, en los últimos años, los procesos políticos protagonizados por la izquierda universitaria han mostrado una tendencia progresiva a la degradación y al debilitamiento de su significado democrático.

Más que una descripción de los síntomas de este proceso degenerativo, es necesario aventurar una explicación sobre sus causas, que nos evite que el análisis se convierta sólo en un enjuiciamiento moral. Existe, evidentemente, una cuestión ética en el fondo del problema, pero éste no puede reducirse a las desviaciones y fallas en la conducta de los dirigentes y militantes de las corrientes de izquierda.

Un primer elemento radica en las condiciones bajo las cuales la izquierda llegó a la dirección de las universidades. Las luchas desarrolladas en Puebla, Sinaloa y Guerrero —Zacatecas fue un caso distinto— enfrentaron a la izquierda, simultáneamente, con las fuerzas del gobierno, la derecha social y los sectores oficialistas de la universidad. Fueron confrontaciones cuya violencia no admitía, por simples razones de supervivencia, la práctica de la tolerancia y el pluralismo, puesto que se sabía que los adversarios tampoco estaban dispuestos a ejercerlas, tal como lo había demostrado la represión ocurrida en las universidades de Chihuahua, Nayarit y Nuevo León, por mencionar sólo algunos casos. El hecho fue que esta disposición de lucha sin cuartel se conservó después de que los adversarios de la izquierda habían sido virtualmente expulsados de las instituciones y, reforzando el sectarismo arraigado en la tradición del socialismo mexicano, se aplicó entre los grupos y corrientes que se formaron a lo largo del continuo proceso de fragmentación que experimentó la izquierda universitaria en los años setenta y ochenta.

El segundo factor general es la cuestión del proyecto para la universidad. Como sugerí antes, superada la fase del revolucionarismo de ruptura, la izquierda entró en una situación extremadamente confusa. La pregunta clave, es decir, qué papel debe cumplir una institución cultural en un trayecto largo e incierto que apunta al socialismo, no fue planteada. Esta indefinición forma parte ciertamente del problema global del pensamiento de la izquierda en los años setenta, envuelto en una transición, incompleta y no explícita de manera inequívoca, entre una organización y una estrategia que respondían a la expectativa de la ruptura y una nueva postura que asumía como bases la línea de la reforma y la actuación abierta en la legalidad del sistema. Esta transición, de un enorme significado político y cuyo protagonista central y más avanzado fue el PCM, dejó en pie ambigüedades fundamentales, pues la modernización y la secularización coexistieron con la conservación de rasgos centrales de la vieja herencia. Los elementos orientadores de una nueva estrategia quedaron envueltos en una aguda indefinición, más como intuiciones que como lineamientos para la acción. ¿Cómo caracterizar, por ejemplo, la "revolución de las mayorías" y los mecanismos de acumulación de fuerza que la hacen posible? ¿Qué papel juegan la ideología y la cultura? ¿Cuáles son las imágenes de sociedad y de nación que dan sentido a las reformas específicas y a la acción en una perspectiva de conjunto y de largo plazo?

Inevitablemente, la falta de certezas esenciales en el orden más general impidió las

definiciones en los planos y las instancias concretas, pues mal podía establecerse el propósito de la actividad en la universidad y el destino de su transformación posible, en ausencia de una utopía⁸ y de una propuesta para su realización. En tales condiciones, las relaciones políticas y las disputas por el poder en la universidad no podían derivarse de la confrontación entre proyectos para la institución, salvo en el sentido más limitado, sea para impedir la subordinación al Estado, sea para rechazar las propuestas de destrucción de la institución por razones radicales, del tipo de las surgidas durante la "enfermedad" en Sinaloa y que siguen vigentes en algunos núcleos.

Se creó, en consecuencia, una situación que privilegiaba las motivaciones pragmáticas e inmediatistas y que canalizaba las luchas políticas hacia la disputa de posiciones y cuotas de poder por sí mismas, lo cual introdujo a los grupos políticos en la dinámica inevitable de conversión en grupos de interés. Estos supuestos permiten explicar algunos de los rasgos centrales que la politización adquirió en los centros académicos dominados por la izquierda.

En primer término, conviene discutir el carácter de la participación y su relación con los cuadros de dirección, que presenta la paradoja de una intervención extensa en los procesos, sobre todo en sus momentos electorales, que coexiste con la conformación de grupos de dirección estables dedicados "profesionalmente" a la actividad política. En efecto, la simple observación desde fuera de, por ejemplo, las elecciones más recientes de rector en la UAP o la UAZ muestra participaciones muy altas y ajustadas a procedimientos previamente convenidos pero, al mismo tiempo, resulta evidente que las candidaturas, las alianzas y los programas han sido acordados en el seno de una "clase política" de reducidas dimensiones.

El fenómeno de la "clase política" es relevante. La norma predominante ha sido que los antiguos liderazgos, constituidos en la época de la lucha antiestatal, conserven su capacidad directiva y se complementen con la incorporación de algunos elementos de formación nueva. Aparte de su permanencia, los integrantes de estos grupos muestran una alta capacidad de intercambio entre puestos de dirección académica y administrativa, cargos sindicales y mandos formales en las organizaciones políticas, lo que indica que más que a competencias específicas, la ubicación personal responde a atributos políticos genéricos y a equilibrios coyunturales.

La relación que estos sectores dirigentes mantienen con "la base" conserva un fuerte componente de lealtad e identificación de partido o de grupo, pero que se ha mezclado de manera creciente con vínculos del más puro tipo clientelar. El monto de los recursos manejados por cada institución permitió, por lo menos hasta antes de la crisis, la ampliación de los aparatos académico y administrativo, en algunos casos más allá de las necesidades reales de los servicios, lo que dio un margen para establecer redes de patronazgo y dependencia enraizadas entre los trabajadores y el estudiantado. Así, la participación de buena parte de la comunidad se realiza en situación de "masa de maniobra", como elemento para resolver relaciones de fuerza, lo que conlleva un enorme retraso en la educación política y la imposibilidad de la participación productiva en la elaboración y adopción en las decisiones.

La expresión más acabada de estos mecanismos de relación política ha sido el sindicalismo universitario. Nacido de una imperiosa necesidad de regulación de las condiciones de trabajo e inspirado en una profunda veta antiautoritaria, el sindicalismo independiente generó de manera precoz las deformaciones paralelas de la burocratización y el gremialismo. En la mayor parte de los casos, se ha desarrollado una capa dedicada permanentemente a la gestión sindical y la representación política, cuyo ejemplo extremo es el STUNAM, en donde el secretario general y los cuadros principales de dirección son los mismos desde la fundación de la organización. La regulación protectora establecida por el sindicato y los vínculos clientelares que prohió contribuyeron a que se creara entre los trabajado-res una disposición alienada hacia la institución y a que se desarrollaran deformaciones gremialistas que en

8 Utopía en el sentido en que la utiliza Ernst Bloch, como aspiración orientadora, como prefiguración del punto de arribo.

todas partes deterioraron el ambiente de trabajo.

Estas transformaciones en el régimen de la vida política universitaria modificaron hondamente la vigencia de la idea de partido. Todavía hacia finales de los años setenta podía encontrarse con alguna frecuencia el propósito instrumentalista de sujeción de la universidad a la dirección partidaria, pero esta vinculación desapareció virtualmente en la década actual. Los grupos locales de partido se autonomizaron y redefinieron su identidad a partir de su interés específico en la universidad, lo que contribuyó a continuas fracturas y enfrentamientos internos a propósito de divergencias relativas al poder en la institución. Esta dinámica ha sido particularmente intensa en el PCM y después en el PSUM, pero no exclusiva de ellos, y se ha manifestado en los ruidosos fracasos de las direcciones centrales de los partidos para orientar la actividad de quienes formalmente son militantes, y aun para mediar en la solución de las disputas internas.

En este horizonte, la idea y la práctica del igualitarismo jugaron un papel de imprevisibles consecuencias. La demanda de igualdad como aspiración en abstracto formaba parte del legado de la izquierda, pero adquiría un sentido particular cuando se planteaba hacia las estructuras jerárquicas de la universidad conservadora, en particular por la condición de minoría de edad asignada a los estudiantes. La exigencia de igualdad de derechos y de representación se expresó muy pronto como igualitarismo sin condiciones y como un rechazo a la autoridad que, más que en el marxismo, tenía sus Fuentes en la difusión de las consignas del Mayo francés y de la obra de Paulo Freire. Su concreción en la demanda de paridad de representación estudiantil en los órganos colegiados y en la universalidad del sufragio bajo el principio de "un hombre, un voto" se incorporó pronto en la legislación interna y se extendió después a los trabajadores administrativos. En el plano de las relaciones pedagógicas, ganó fuerza una confusa disposición antiautoritaria, que estableció ciertas formas aparentes de indistinción y "compañerismo" y que popularizó la imagen del maestro como coordinador del esfuerzo de grupo.

Si bien es cierto que el impulso por la igualdad eliminó muchos de los aspectos más rancios y grotescos de la vieja tradición universitaria, no puede ocultarse que también abrió paso a nuevos procesos que no representaron avance alguno hacia la genuina democracia. El problema original radicó en la pretensión de ignorar que en las relaciones educativas e institucionales se cumplen funciones diferenciadas y que éstas, para realizarse auténticamente, reclaman competencias y esfuerzos desiguales. Sin embargo, la cuestión de la diferenciación se convirtió en un tabú y volvió imposible sostener que si académicos, estudiantes y trabajadores administrativos y manuales mantienen con la universidad vínculos y formas de pertenencia diferenciados, también el grado y los mecanismos de participación en el gobierno de la institución tienen que ser definidos específicamente para cada sector. En un ambiente de falso igualitarismo, obligaciones y responsabilidades distintas se disuelven en una colectividad amorfa, en la que los comportamientos tienden a nivelarse hacia abajo. Se producen así las condiciones favorables para que se ejerzan con éxito los recursos de la simulación, la manipulación populista, la fuga de las tareas individuales y el parasitismo, frente a los cuales cualquier intento de reivindicar las viejas virtudes de la disciplina, el rigor y el esfuerzo se vuelve sospechoso de autoritarismo elitista.

Para la conducción de la universidad, la situación que he tratado de analizar tiene como resultantes una enorme dificultad para el surgimiento de liderazgos académicos y una insospechada tendencia a la burocratización. La determinación impuesta por lo político como realmente es practicado impide el ejercicio de una dirección intelectual capaz de concitar el esfuerzo sostenido de quienes quisieran hacer de la enseñanza y la investigación una carrera de vida. De hecho, es esta ausencia de un clima adecuado y estimulante para la producción intelectual lo que fomenta la continua migración del personal más creativo, en cuya formación avanzada las instituciones han invertido cuantiosos recursos. Sin liderazgo académico, tiende

a generalizarse un ambiente "anómico" en el cual priva el desconcierto y la incertidumbre sobre el significado del trabajo es sustituida por el cumplimiento de las rutinas formales y por la búsqueda de recompensas externas al trabajo mismo.

Si la labor académica se vacía de su contenido sustancial, lo que adquiere preeminencia es la administración de sus formas y sus requisitos. Si a este proceso, que parece ser común a casi todas las instituciones cualquiera que sea su orientación, se agrega la inexistencia de instancias académicas intermedias y de mecanismos de elaboración colectiva, se producen condiciones que hacen inevitable la burocratización. Los cuerpos colegiados, cuyas funciones reales son la deliberación y la decisión políticas, son inadecuados para la elaboración de propuestas académicas y no poseen el "conocimiento experto" para disponer sobre los aspectos más técnicos de la operación institucional. Estas funciones —elaboración, organización, control de recursos—, son absorbidas por una burocracia media y alta, poco visible tal vez, pero que se convierte en depositaria de un poder creciente. El fenómeno de las "tortugas rojas" es la contraparte natural de una deformación assembleísta.

Ningún proceso expresa mejor la conjunción de los factores a que me he referido que las elecciones de rector. Una revisión de las campañas desarrolladas en la UAP, la UAS, la UAG y la UAZ entre 1980 y 1987, permite localizar algunos rasgos que se repiten casi sin variación y que conforman "el lado oscuro de las urnas", la condensación de las deformaciones de la politización de la izquierda universitaria.

a) Han sido procesos prolongados. Incluida la modalidad reciente de realizar comicios primarios para dirimir diferencias en el interior de una alianza, la actividad se ex-tiende de seis meses a un año,⁹ lapso en el que concentra de modo casi exclusivo la atención de los dirigentes y activistas de la institución.

b) Han dado lugar a fracturas y nuevos reagrupamientos internos. En el caso del PCM, y después del PSUM, se produjeron dos desgajamientos importantes (en la UAP en 1981 y en la UAS en 1985) y varios menores. A su vez, el grupo dirigente de la UAG, asociado al proyecto "universidad-pueblo", se dividió a propósito de la sucesión en 1985. Aunque la violencia física es infrecuente, el tono de las polémicas es extraordinariamente agresivo y descalificador y éstas se dirimen en los medios locales de opinión. Las acusaciones mutuas que conforman la propaganda usada en las campañas y que aparecen en la prensa dejarían al lector ajeno a la situación la impresión de que se trata del enfrentamiento de bandos igualmente inadecuados para gobernar a la universidad. Obviamente, en términos de prestigio social de la institución, los daños han sido enormes y acumulativos.

c) En una combinación paradójica, el sectarismo convive con un agudo pragmatismo en las alianzas. Enemigos jurados de un día se agrupan al calor de una campaña, sin que medien ajustes programáticos o doctrinarios. Las alianzas y los compromisos se concretan en la distribución de puestos en la administración y en el reconocimiento de cuotas de poder.

d) La diferenciación pragmática real es débil. Aunque es frecuente encontrar pronunciamientos antagónicos de los grupos en competencia, no es en torno a ellos que se establecen los agrupamientos; más aparecen como derivaciones de la necesidad de diferenciación que como causa de ella. En la práctica, las definiciones de política académica tienden a diluirse en vagas propuestas reformistas, en insistir en la descalificación del adversario y en ubicarse en el terreno general del populismo. El hecho de que el voto mayoritario sea el de los estudiantes, y entre ellos los preparatorianos con un peso decisivo, empuja a la propaganda a un tono simplificador y con frecuencia demagógico.¹⁰

9 Con la excepción de la UAZ en 1988, donde el proceso fue notablemente breve.

10 Como detalle elocuente es inmejorable el cierre de campaña de los precandidatos principales de la hasta entonces corriente hegemónica en la IMP en 1987. El primero clausuró frente a Rectoría, con un show de Tania Libertad; el segundo en el parque de béisbol, con Botellita de Jerez; el tercero en un cine, con la cantante Tehua.

Esta forma de competencia electoral se reproduce con otras dimensiones para elegir directores de escuela, consejeros locales, consejeros universitarios, dirigentes sindicales. Por el carácter de las campañas, se puede asegurar que en cualquier momento, por lo menos en algún lugar de la universidad, hay una elección en marcha, cuyos resultados tienen que ver con la compleja red de equilibrios políticos internos. Se produce aquí una consecuencia paradójica de las formas democráticas, ideadas para canalizar las voluntades y tendencias de los universitarios, pero que se convierten en el objeto mismo de la disputa por el poder. Si una corriente aspira a convertirse en fuerza, está obligada a internarse en esta estructura competitiva que demanda la acción permanente, la dedicación cotidiana al microtrabajo de la "grilla", cuyas reglas, estilos y motivaciones son tan poco favorables para la construcción y la confrontación de programas. De ahí que no resulte sorprendente que quienes han pretendido romper con las formas y la cultura de las relaciones de poder, desde una posición político-cultural que privilegia lo académico, abandonen más pronto que tarde una lucha bajo condiciones adversas y que implica el sacrificio de las razones por las cuales justamente se está en la universidad.

¿DE ESO SE TRATABA? UNA REFLEXIÓN FINAL

Y sin embargo funcionan, se dirá con razón. Las instituciones operan con relativa normalidad: los estudiantes estudian y los maestros enseñan bajo normas que no son inferiores a las del conjunto del sistema educativo nacional. Con las dificultades que impone una economía en crisis, los egresados se ocupan en condiciones mejores que los que carecen de un título profesional. En lo político, las elecciones se realizan con limpieza, hay alternancia ordenada y las administraciones pueden organizarse con estabilidad e independencia del gobierno, lo que es bastante mejor que lo que sucede en las otras universidades y, por supuesto, que lo que ocurre en las demás instituciones del Estado y en la vida política del país.

Pero ¿era esto a lo que se aspiraba? Cierta forma de realismo político sostendrá que no tiene sentido comparar las aspiraciones con los resultados, que lo que existe es a fin de cuentas la expresión de lo posible y que no hay testimonio más claro del éxito de la izquierda universitaria que su supervivencia y consolidación como fuerza dirigente.

Como lo he sostenido en este largo alegato, ese tipo de balance me parece radicalmente equivocado, y no por la nostalgia con que se puede recordar lo que la izquierda quiso ser y hacer hace quince años. La razón es del presente y del futuro: la izquierda universitaria no es una fuerza dirigente; administra, con ciertas particularidades, un proceso inercial profundamente conservador, pero ha sido incapaz de ejercer en los centros en los que actúa una genuina dirección intelectual y moral.

De manera cada vez más clara, la conducción de la izquierda ha seguido un patrón esencialmente adaptativo; resguardando muchos de sus signos exteriores de identidad y en medio de la contradicción, ha asimilado y cumplido las funciones de reproducción social que corresponden al sistema de educación superior. En esas condiciones, la izquierda ha logrado permanecer, ajustándose como ha podido a la situación generalizada de restricción financiera que surge a partir de 1983. Tal régimen de supervivencia puede mantenerse, en medio del deterioro progresivo de la vida institucional, pero sólo si no hay un cambio sustancial en la dirección gubernamental sobre el sistema universitario, caracterizada hasta ahora por su poca eficacia y limitada capacidad propositiva.

Otro será el caso si se logra mantener la continuidad del programa modernizador que encabeza Salinas de Gortari y si las fuerzas del gobierno y de los empresarios que se agrupan en torno a ese programa deciden impulsar una política congruente de reforma al sistema universitario. En esa perspectiva, dos son los escenarios de mayor probabilidad. El primero

consistiría en una reestructuración autoritaria del conjunto del sistema, con el objetivo de refuncionalizar sus dimensiones, la distribución de su matrícula y la orientación de la formación profesional, lo que a su vez exigiría el establecimiento de mecanismos operantes de dirección central, aunque no necesariamente el rompimiento del régimen formal de la autonomía. La segunda alternativa sería una estrategia de modernización selectiva, que reforzaría deliberadamente la segmentación cualitativa del sistema para conformar dos grandes sectores: un núcleo escogido de instituciones públicas y privadas, con el apoyo suficiente para cumplir las funciones formativas, de investigación y de socialización de élites requeridas por el proyecto gubernamental, en tanto que la mayoría de las instituciones sería abandonada a la dinámica de degradación interna hacia la cual ya están encaminadas. En esta variante, la restricción del crecimiento no sería una condición establecida centralmente en forma coactiva, sino responsabilidad de cada institución, obligada a operar con recursos cada vez más escasos.

Ambas opciones tendrían como sustento ideológico un discurso centrado en la denuncia de la baja calidad, el derroche de recursos, el populismo y la politización inconveniente que con distintas variantes son atribuidos a la mayor parte de los centros educativos y que en contrario destacaría la necesidad de elevar las normas de la calidad y la exigencia en el desempeño individual de estudiantes y maestros, la correspondencia con el mercado de trabajo, la evaluación de la eficacia institucional como criterio de asignación de recursos y la creación de un esquema de competencia entre los centros de estudio, tanto públicos como privados.¹¹

Hay que reconocer que frente a este discurso la obra educativa de la izquierda está desprotegida, porque si bien el diagnóstico y la propuesta oficiales son tendenciosos y esencialmente reaccionarios, no se puede mostrar un testimonio que inequívocamente desautorice los reclamos oficiales y que legitime, fuera de las instituciones y en la sociedad, los logros y ventajas de la universidad conducida por la izquierda. A lo más se puede construir una respuesta defensiva, cuyos elementos corporativos y populistas son inocultables.

Este horizonte obliga a reconocer que la supervivencia de la izquierda universitaria como fuerza política depende de la definición de su proyecto educativo y de la racionalidad de su presencia en la enseñanza superior, pero ello no será posible si la izquierda no emprende su propia reforma interior, la de sus hábitos y su cultura sobre la universidad. Esta urgencia va mucho más allá del imperativo pragmático de la autoconservación, pues se vincula con la viabilidad de una izquierda viva y envuelta en la vida real del país. Si algo ha mostrado el proceso político de 1988 es el vigor y la diversidad de impulsos sociales nuevos, que reivindican como propia a la nación, a la democracia y a la igualdad. A ese gran impulso y a su conformación cultural y programática puede incorporarse sin pretensiones la izquierda universitaria, a condición de que ella pueda también ser una izquierda nueva.

11 Algunas de estas ideas ya circulan en el medio oficial. Son elocuentes los materiales de discusión presentados en la reunión del IEPES del PRI durante la campaña de Salinas de Gortari (Hermosillo, Son., abril de 1988). Véase en particular la ponencia de Antonio Gago, Director de Enseñanza Superior de la SEP